

art buchwald

EL IMPACTO DEL «APOLO XI»

WASHINGTON.—El impacto del "Apolo XI" quedará en nosotros por el resto de nuestras vidas. Posiblemente los más afectados hayan sido los niños. En mi casa los chicos se refieren a su madre como "Control de Misión". Una de las niñas es "Aguila", otra "Columbia", y el muchacho se hace llamar "Mar de la Tranquilidad". Desde el vuelo lunar, las conversaciones "inter habitaciones" son de este tenor:

—Hola, "Aguila". Aquí "Control de Misión". Aún tienes la cama sin hacer.

—Roger a "Control de Misión". Tengo dificultades con mi tocadiscos. ¿Puede indicarme cómo arreglarlo?

—No toque la máquina hasta que no haya arreglado la cama.

—Le escucho bien, "Control de Misión". La arreglaré después del desayuno.

—He dicho que ahora. Aténgase al programa. Primero la cama, luego el desayuno. A propósito, tengo dificultades en comunicarme con "Base Tranquilidad". ¿Puede comprobar si está en la cama?

—Hola, "Control de Misión". Aquí "Aguila". He tomado contacto con "Base Tranquilidad". Dice que no desea levantarse aún.

—"Control de Misión" a "Aguila". Infórmele que si no sale de la cama inmediatamente su padre tendrá que ir hasta él. Amenácele con varios disparos de cohete.

—O. k., "Control de Misión", la escucho.

—"Columbia" a "Control de Misión". "Aguila" me ha robado el único par de medias limpias.

—"Columbia", ésta es "Control de Misión". Déjeme hablar con "Aguila". Hola, "Aguila"; aquí "Control". ¿Ha quitado usted a "Columbia" el único par de medias limpias?

—Efectivamente. Ella me quitó ayer un par limpio. ¿Cómo voy a darle hoy el otro?

—Porque así se lo ordena "Control de Misión". Aquí nos encargamos de buscarle otro par limpio para usted. Y que "Columbia" baje inmediatamente a desayunar.

—"Columbia" a "Control de Misión". "Aguila" acaba de pegarme en un ojo.

—"Aguila", le dije que devolviera las medias y dejara en paz a "Columbia".

—Usted siempre se pone de su parte, "Control de Misión".

—Terminemos de una vez, "Aguila". ¿Consiguió que se levantara "Base Tranquilidad"? Aún no he podido ponerme en contacto con él. Dígame que establezca comunicación inmediatamente.

—"Base Tranquilidad" a "Control de Misión". ¿Cuál es la causa de tanta excitación?

—Deseo que te laves los dientes, arregles la cama y vengas a desayunar. ¿Es pedir mucho?

—O. k., "Control de Misión", O. k.

—¿Conseguiré que te peses hoy?

—Lo intentaremos, ¿es esto todo, "Control de Misión"?

—No, el Presidente desea hablarte.

Cogí entonces el micrófono y dije: "Quiero que sepan lo orgulloso que estoy de todos y cada uno de ustedes y darles las gracias por la fantástica contribución que han prestado a toda la Humanidad. Ahora bien, tienen diez segundos para descender aquí y tomar el desayuno: nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres..."

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service, Inc.—Agencia Zardoya.)

vigésimo segundo par de cromosomas celulares, del mismo modo que su homólogo en los hombres se encuentra en el vigésimo primer par.

Para confirmar el diagnóstico, el bebé-mono fue puesto en observación y dieron comienzo los estudios. En los medios médicos, el anuncio del descubrimiento de un mono mongólico causó sensación. Se le llama «Jama», que corresponde a las iniciales del «Journal of the American Medical Association». En la actualidad, con diez meses, «Jama» se ha convertido en una «vedette».

Por primera vez, en efecto, los científicos van a poder estudiar el mongolismo en un animal cuyo organismo es muy parecido al del hombre. Nunca, hasta ahora, la terrible enfermedad genética pudo ser estudiada profunda-

mente en laboratorio con sujetos sobre los cuales se podían efectuar todas las experiencias necesarias. Semanas tras semanas, la evolución de la enfermedad ha demostrado una vez más la similitud entre la fisiología del mono y la del hombre.

La malformación cardíaca de «Jama» es del mismo tipo que afecta a los niños mongólicos; sus ojos llevan los pliegues característicos de la enfermedad; se observa el mismo desarrollo lentificado de las funciones motrices e intelectuales. Los médicos esperan que «Jama» podrá llegar a la edad adulta y dar nacimiento a una descendencia de chimpancés mongólicos. Gracias a ellos, la experimentación animal permitirá quizá suprimir un día otra de las enfermedades humanas. ■ M. G.

KUZNETSOV Y LOS FUNCIONARIOS

El escritor mejicano Juan Miguel de Mora publica en «Le Monde», de París, un artículo sobre el «caso Kuznetsov», el escritor soviético que huyó a Occidente (ver TRIUNFO, núm. 375), en el que dice que coincide con el novelista buldo «cuando dice que no es ni autor soviético ni autor de Occidente, ni rojo ni blanco, sino simplemente un escritor que vive en el siglo XX y hace un esfuerzo desesperado por ser honesto y luchar por la Humanidad». Pero expresa su inquietud por Kuznetsov cuando éste explica que «no será a un funcionario soviético mientras la URSS no haya dado entera libertad a Checoslovaquia», porque supone que tampoco quedará ver a ningún funcionario americano mientras los Estados Unidos no abandonen el Vietnam y sus «boinas verdes» no hayan salido de Hispanoamérica, ni un funcionario inglés mientras éstos sean tan tolerantes con la Unión Sudafricana y con Rhodesia, y apoyen a Nigeria para defender sus intereses petrolíferos en la guerra contra Biafra, y se pregunta cómo podrá vivir Kuznetsov en este mundo si se niega a ver a toda clase de funcionarios...

DAVID-DINIS Y GOLIAT-KENNEDY

El «affaire» Kennedy continúa. Teniendo nuevas complicaciones, el senador de Massachusetts ha renunciado al viaje a Europa que debía llevar a cabo. Sin embargo, últimamente no ha sido de él de quien más se ha hablado, sino de un oscuro «district attorney» del condado de Duke, donde se encuentra la

ciudad de Edgartown: Edmund Dinis. A Dinis, demócrata como Kennedy, no le gusta el senador, que no se interesa por el condado de Duke más que cuando va a él a practicar el deporte de vela. Elegido por los pescadores y los pequeños agricultores de la zona, no tiene nada que temer de los ricos propietarios antiguos de Kennedy, que no son de su circunscripción. En consecuencia, está dispuesto a hacer que se abra una nueva investigación. Para lograr el permiso ha desenterrado una ley de Massachusetts que data de 1877 y da al «district attorney» —personaje a caballo entre el fiscal y el juez de instrucción, familiar a los lectores de novelas policíacas— el poder de pedir una reapertura del «dossier» en caso de muerte no natural. Dinis ha obtenido la luz verde a condición de que asuma abiertamente sus responsabilidades. El juez James Boyle, que condenó a Ted Kennedy el pasado 25 de julio a dos meses de prisión con libertad condicional por delito de fuga, no quiere comprometerse más que el Tribunal Supremo del Estado. Dinis, en efecto, le había pedido que interviniera, pero se declaró incompetente. Para final de la semana se preveía una reunión de trabajo entre Dinis y Boyle a fin de decidir los detalles del procedimiento a seguir. Kennedy, sin embargo, no ha perdido nada de su importancia política, según parece. Según un sondeo Gallup que data del 26 y el 28 de julio, si mañana tuvieran que escoger presidente entre Kennedy, Nixon o Wallace, el 36 por ciento de los americanos elegirían a Kennedy, frente al 52 por ciento que optaría por Nixon y el 9 por ciento que votaría por Wallace. En abril no había más que un 33 por ciento. En contrapartida, la cotización personal del senador ha bajado. Ha perdido la «altísima estima» de dieciocho millones de americanos, y el porcentaje de los que tienen una opinión «muy desfavorable» de él ha pasado del 4 al 11 por ciento.

Teatro

GARCÍA LORCA

Silvio D'Amico, el más famoso ensayista teatral italiano contemporáneo, recordaba, en 1946, una vieja entrevista hecha a García Lorca en el 35. Evocaba el italiano con entusiasmo la obra de nuestro escritor al frente de «La Barraca», y en la introducción al artículo, declaraba: «Lo que valga su "Barraca" aún no lo sé, pero es seguro que, algún día, alguien lo colocará

también en la historia de la escena europea, y llamará a Gordon Craig el apóstol, a Stanislawski el maestro, a Reinhardt el mago, a Copeau el asceta, a Piscator el demonio o qué sé yo; García Lorca será, entre todos estos peces gordos, el «muchacho» (en castellano en el original). No parece gran cosa ser el «muchacho» entre una legión de maestros. Sin embargo, la cita

EN PUNTO

es interesante, porque, a fin de cuentas, coloca a un español en la vecindad de los que han determinado la estética (con sus implicaciones y raíces éticas) de la escena europea moderna.

Es lógico que esto deba quedarse en vecindad. Sería ingenuo pensar que el teatro español moderno pudiese cobijar esfuerzos como los de un Stanis-

como todas, sólo conduce al desastre. Sobre el público: «Asistí en Buenos Aires al estreno de una obra, que este público de gente fiñona e hipócrita que se las da de moralista entre nosotros no la hubiera dejado pasar de la segunda escena». Sobre la investigación: «Caminos nuevos hay para salvar al teatro. Todo está en atreverse a cami-



lawski o un Meyerhold. Esfuerzos sostenidos durante años y años de investigación y de práctica, a veces, como en el caso de Meyerhold —asesinado por el stanilismo—, a costa de la propia muerte. Late en el trabajo de todos estos hombres una seriedad, una continuidad, que sólo son posibles en el contexto de una cultura y una sociedad que hayan superado la estimación frívola o consumística del teatro. No, García Lorca tenía que haber andado diez años con «La Barraca» para que hubieran empezado a plantearse una serie de problemas sobre el actor, su comunicación con el público, la forma teatral, el repertorio, que así sólo pudo vagamente avizorar.

Sin embargo, hay en la cita de D'Amico una implícita invitación al estudio de García Lorca como «hombre de teatro». Entrevistas, notas y artículos de prensa, conservados y publicados repetidamente, dan pie a ese análisis. Allí veremos hasta qué punto García Lorca iba, poco a poco, ligando su obra de escritor a su obra de director. Hasta qué punto rechazaba con firmeza las recriminaciones de cuantos pensaban que por andar entre actores se quedaba sin tiempo para escribir sus obras.

Juicios sobre la organización teatral: «Digan lo que quieran, el teatro no decae. Lo absurdo y lo decadente es su organización. Eso de que un señor, por el mero hecho de disponer de unos millones, se erija en censor de obras y definidor del teatro, es intolerable y vergonzoso. Es una tiranía que,

nar por ellos». Sobre la difusión del teatro español en América: «Allí la gente ya no tolera nuestro viejo repertorio teatral. Quieren conocer a nuestros autores jóvenes, y éstos son los que han de dar allí los éxitos». Sobre la expresión corporal: «El cuerpo, su armonía, su ritmo, han sido olvidados por esos señores que plantan en la escena ceñudos personajes, sentados con la barba en la mano. Hay que revalorizar el cuerpo en el espectáculo». Sobre el teatro no profesional: «Vamos principalmente contra esas sociedades meramente recreativas, donde el baile o la cachupinada teatral son la principal razón de su existencia».

Y, como éstos, otros numerosos juicios afines, a través de los cuales se perfila una visión «total» del teatro, en tanto que fenómeno escénico sometido a un público. Lo extraordinario es que, siendo un escritor admirado, García Lorca se «metió» en el teatro y creó «La Barraca», organizó un club teatral —un teatro de cámara, se diría luego—, adaptó (cortó) obras clásicas, dirigió obras ajenas, inició, en suma, los pasos vitales que debían llevarle a una nueva estética y ética del teatro.

Pocas veces, creo yo, se ha acentuado este punto como debiera. García Lorca, aparte de su obra, aunque ligado a ella, propuso en los tres últimos años de su vida un itinerario socioteatral, un análisis de la realidad teatral española, que nadie, todavía, ha mejorado. Sobre todo, por que cada juicio lo convertía inmediatamente en generosa acción social. ■ J. M.

Quince años después... EL REGRESO DE FRITZ LANG

Con quince años de retraso llega ahora a pantallas españolas «Human desire», versión filmada por Fritz Lang de «La bestia humana», de Zola, que ya había sido llevada a la pantalla en 1938 por Jean Renoir, con Jean Gabin, Carette, Fernand Ledoux y Simone Simon en los papeles que en el film americano interpretan Glenn Ford, Edgar Buchanan, Broderick Crawford y Gloria Grahame. Se trata de una de las últimas películas americanas de Lang, antes de su regreso

a Alemania para filmar «El tigre de ESNAPUR» y «La tumba india» y el poster «Mabuse». Se sitúa, pues, en una etapa de madurez de la que faltan algunos títulos aún por llegar a España, y en la que, trabajando por lo regular sobre argumentos impuestos o al menos no elegidos por él, los impregna de sus obsesiones más íntimas al tiempo que los utiliza como vehículo de expresión de su particular concepción del mundo, una concepción en la que el sentido de culpabilidad

y la conciencia de lo irremediable son elementos puntuales. Colaborador en la primera etapa alemana de The von Harbou, que fue guionista de todos sus films y su esposa en la vida real, y optó, cuando Lang eligió el exilio para no aceptar la propuesta de Goebbels de convertirse en el prohombre del cine nazi, convertirse en servidora fiel del nuevo régimen, Lang destila, a lo largo de todos o la mayoría de sus films americanos —recuérdese el ciclo interpretado por Joan Bennett: «Perversidad», «La mujer del cuadro», «Secreto tras la puerta», una amargura frente a la mujer que, sin embargo, nunca es misoginia. Por otra parte, su pesimismo nunca es gratuito, y si no puede hablarse nunca, en su producción americana, de films de tesis —ni siquiera en «Furia» y «Sólo se vive una vez», cómo ocurría en los más que discutibles y excesivamente ensalzados «Los Nibelungos» y

Joan Bennett, «Gardenia azul», «Mientras la ciudad duerme», «Más allá de la duda» —gozaban de escaso prestigio a todas las escalas, en que el «contenido» —admitase la dicotomía únicamente como convención terminológica— privaba sobre la «forma» y, en consecuencia, se veía predominantemente la anécdota sin analizarse su significado e implicaciones últimas.

Lang, después de «Mas allá de la duda», regresa a Europa, cansado, viejo, con sus sesenta y muchos años a las espaldas y su ojo cubierto —como Ford, como Walsh— por un parche. Dirige, en Alemania, un viejo guión suyo y de la Harbou, que ya cuarenta años antes había llevado a la pantalla Joe May, y termina —al menos por ahora— su carrera con un nuevo golpe a la serie «Mabuse», cuyos primeros episodios habían visto la luz en 1922 y 1933. Desde entonces, el silencio, que no puede considerarse roto por



«Metrópolis», no es menos cierto que siempre está asentado en condicionamientos reales de una sociedad en la que Lang se ha inscrito opcionalmente y que ha analizado, sin aparentar proponérselo, en profundidad. Víctima del prestigio a que le hizo acreedor su primera época alemana, Lang ha sido ignorado, o al menos equivocadamente comprendido, en la que sin duda es su etapa más significativa. Hay que tener en cuenta que, cronológicamente, ésta se ha desarrollado en una época en la que determinados géneros, en los que se inscribía buena parte de la obra langiana, como el «western» —«El regreso de Frank James», «Espíritu de conquista», «Encubridora»— o el «thriller» —el ciclo

su aparición como actor, en su propio papel, en «Le mépris», de Godard. Ahora, con quince años de retraso —repite— nos llega un Lang americano, un Lang que no es uno de los mejores, aunque sí se sitúa en uno de sus momentos creativos más interesantes. Siguen inéditas, aún, películas claves como «Hangmen also die», sobre guión original de Brecht. Pero el material que, a lo largo de los años, se ha ido exhibiendo en España, aunque en general ante la indiferencia de crítica y público, es suficiente como para que pueda considerarse a Lang como uno de los grandes del cine. Por ello vale la pena de ver, aunque no hubiera otras razones, que las hay, «Human desire». ■ C. S. F.



COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Marc Gilbert, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontela. FOTOS: Europa Press, Cifra, Marull y Archivo.